que la fatuidad y la ignorancia engendran, pueden creer y no se recatan de decir que, sea cual fuere el término del actual conflicto europeo, nadie ha de atreverse á poner en tela de juicio ni ha de someter á regateos los derechos de España en Marruecos, consignados en solemnes pactos internacionales, como si tales pactos, nunca bastantes á enfrenar ambiciones y codicias, no fuesen hoy meros papeles, tan depreciados, que no fiaría á ellos ningún hombre prudente su fortuna.

Dicho esto, huelga el añadir que la *Historia de Marruecos*, del Sr. Bécker, reune con creces todas las condiciones necesarias á los efectos del art. 1.° del Real decreto de 1.° de Junio de 1900, según el parecer de la Academia.»

La cual, no obstante, resolverá, como siempre, lo que estime más acertado.

Madrid, 7 de Noviembre de 1915.

El Marqués de Villa-Urrutia.

V

RECTIFICACIONES HISTÓRICAS: DE GUADALETE Á COVADONGA

por Don Ricardo Burguete.

Por espacio de no pocos años, durante más de medio siglo, hemos vivido bajo la avasalladora influencia de una crítica esencialmente negativa; y en el transcurso de ese período, que en realidad no cabe dar por terminado, acometidos de la fiebre de la duda é imaginando que la realidad histórica debe descansar exclusivamente en el testimonio de los documentos, no sólo hemos sujetado á severo examen y no muy desapasionada é imparcial comprobación todo aquello que se nos figuraba ser invención forjada á través de los tiempos, sino que hemos arremetido despiadados contra todas nuestras tradiciones, las cuales, una á una, como van desapareciendo, arrancadas del alma por el tor-

bellino de la vida, las ilusiones que iluminaron nuestra juventud, han sido arrancadas y han desaparecido de las páginas inmortales de la Historia por la mano de hielo del escepticismo contemporáneo.

Cierto es que, si la substancia de la Historia es la verdad, como escribió el historiador y poeta Solís, á la verdad hay que sacrificarlo todo en la Historia: las creencias más arraigadas, los sentimientos más íntimos, los compromisos de partido ó de escuela; y cierto es también que no hay tarea más hermosa, aunque tampoco más ingrata para el historiador, que la de ir desentrañando la realidad á través de las fábulas forjadas por la fantasía popular, de las invenciones, no siempre desinteresadas, de los cronistas, y de los errores que forzosamente encierra toda obra humana. Pero el culto á la verdad impone al que ha de practicarlo una altísima imparcialidad, y ésta excluye por completo que sistemáticamente se rechace cuanto no es dado hoy día demostrar, y que se ponga especial empeño en negar fundamento á todas, absolutamente á todas las tradiciones; porque no cabe olvidar que, como ha afirmado el sabio Saavedra, nada se cuenta ni se escribe que no tenga, más ó menos remota, raíz en lo verdadero.

Por esto, precisamente por esto, rindiendo tributo á la verdad, que en esa labor crítica á que antes aludía puede haber resultado, y seguramente lo ha sido en muchos casos, deformada, mutilada, ya que no en absoluto negada por los enamorados del detalle, por los esclavos del documento, por los amigos de novedades y por los que no han sabido despojarse de sus prejuicios y de sus pasiones; por esto, repito, no falta hoy día quien se pregunte si en esa obra de rectificación no se ha caminado demasiado deprisa y no se ha ido sobrado lejos; si al querer depurar la Historia, despojándola de todo aquello que ha forjado la imaginación de unos ó la pasión de otros, no se ha echado por tierra algo que merece respeto y algo también que se acomoda mejor á la realidad que aquello otro con que se lo ha querido sustituir, y, en fin, si no se impone una revisión severa de esas críticas, en las cuales habrá mucho que aprovechar y mucho de que se deba prescindir.

Después de todo, esa novísima tendencia á volver sobre lo que parecía definitivamente juzgado, no puede sorprender á nadie ni debe ser rechazada *ab irato,* porque es preciso tener siempre presente esta gran lección que nos dejó trazada nuestro insigne Menéndez y Pelayo: «Nada envejece tan pronto como un libro de Historia. Es triste verdad, pero hay que confesarla... La materia histórica es flotante y móvil de suyo, y el historiador debe resignarse á ser un estudiante perpetuo y á perseguir la verdad dondequiera que pueda encontrar resquicio de ella, sin que le detenga el temor de pasar por inconsecuente.» Y si no puede sorprender ni debe rechazarse, cuando se nos presenta una obra inspirada en esa tendencia, y desde luego se advierte que no se trata de un capricho ó de una genialidad, sino que en ella se busca de buena fe la verdad, con el propósito de servir á la Historia y á la cultura, deber nuestro es examinarla friamente, serenamente, sin prejuicios de ninguna clase, para ver si en sus páginas encontramos argumentos y pruebas que nos obliguen á rectificar nuestro pensamiento ó nos confirmen lo que por exacto hasta ahora hemos tenido.

Por obedecer á esa tendencia y reunir las mencionadas condiciones, he creído que no debíamos dejar pasar en silencio la obra que, con el título de *Rectificaciones históricas*, ha publicado recientemente D. Ricardo Burguete; y al efecto he solicitado y obtenido la venia de nuestro sabio Director, con acuerdo de la Academia, para llamar vuestra ilustrada atención acerca de esa obra, en la cual el autor se propone destruir dos asertos que habían logrado, especialmente uno de ellos, hacerse gran camino en el ánimo de los doctos. Esos dos asertos son: el de que el sangriento combate que puso fin al imperio de los visigodos en España no tuvo lugar en las orillas del Guadalete, sino en las inmediaciones del lago de la Janda y del río Barbate, y el de que el relato de las hazañas de Pelayo en Covadonga es un mero plagio del de la rota de Roldán y Carlo Magno en los desfiladeros de Roncesvalles.

Con sólo enunciar, aunque sea así, en cuatro palabras, el objeto de ese libro, queda evidenciada su importancia; porque á

nadie puede ocultarse cuánto interesa saber con certeza el sitio en que tuvo lugar el encuentro entre Tarik y Don Rodrigo, y si existió ó no el famoso combate de Covadonga. No se trata de cuestiones de mera erudición histórica, sino de cosas que interesan más, que valen más que el amor propio de un historiador, por ilustre y respetable que éste sea. Importa mucho dilucidar si la batalla de Covadonga es una gloriosa realidad de nuestra vida nacional ó un producto de la fantasía popular, cuando no una imitación de hermosas páginas de la historia de un pueblo vecino, como no ha mucho ha sostenido un historiador extranjero, repitiendo asertos de algún escritor español; porque si no existió esa batalla, el origen de nuestra reconquista no se debería al heroico esfuerzo de los españoles, la Cruz de la Victoria dejaría de ser un símbolo del heroísmo de nuestra raza y la epopeya terminada en las vegas granadinas habría tenido por comienzo la admirable labor de Carlos Martel en la Galia Narbonense; y si esto importa mucho, no importa menos fijar el sitio en que se hundió para siempre el Imperio visigótico, porque de esto se deducen capitalísimas lecciones de política militar y trascendentales enseñanzas para los Gobiernos y para la nación; como que esas lecciones y estas enseñanzas afectan á la defensa del territorio.

De estas ligerísimas indicaciones se desprende que el libro del Sr. Burguete consta en realidad de dos partes, destinadas, respectivamente, á dilucidar esas dos interesantísimas cuestiones: la primera, consagrada á estudiar la batalla del Guadalete ó del lago de la Janda, y, como consecuencia de ésta, el itinerario de la invasión y conquista definitiva de España por Tarik y Muza; y la segunda, dedicada al análisis y crítica de lo relativo al combate en Covadonga y á las operaciones realizadas durante el primer siglo de la Reconquista. Uno y otro estudio responden á una idea que constituye en el Sr. Burguete creencia arraigadísima: la de que es indispensable, absolutamente indispensable, que los militares realicen, un año y otro, á manera de prácticas, y como corolario de los estudios teóricos, la investigación y comprobación sobre el terreno de las campañas, de las batallas

y de los sitios memorables que registra en sus páginas la Historia; porque, á su juicio, el terreno es un libro admirable y permanente sobre el cual se desarrollaron los sucesos con la lógica que su estructura impone, y al comprobar el valor que en el pasado tuvieron los lugares históricos, muéstrase que lo tienen también en el presente y que lo tendrán en el porvenir.

Esta idea, que aun siendo por completo ajeno á la ciencia militar, no vacilo en calificar de afortunadísima, y cuya realización tiene para el historiador inmensa utilidad, esta idea, repito, no es nueva en el Sr. Burguete.

Permítaseme una pequeña digresión; permítaseme que evoque un recuerdo personal que tiene para mí la melancólica poesía de los tiempos que pasaron para no volver más.

Conocí al Sr. Burguete hace unos veinticinco años, cuando acababa de salir de la Academia de Toledo. Por entonces se cernía sobre España, como una amenaza, el anuncio de una nueva guerra civil, y yo, que veía con frecuencia al joven oficial, le encontraba siempre, en las horas que le dejaba libre el servicio militar, siguiendo sobre el mapa los relatos de la Historia de nuestras luchas intestinas. Se nos enseña la ciencia militar, mucha ciencia, me decía; el manejo de las armas y el empleo de las tropas, lo que varía, lo que cambia; pero no se nos enseña prácticamente á utilizar los accidentes del terreno, lo que obedece á leyes inmutables. Y una y otra vez me expresaba su anhelo y su esperanza de completar ese estudio recorriendo las Provincias Vascongadas, para adquirir la preparación que estimaha indispensable.

No se le logró al Sr. Burguete su deseo. Bien pronto, sí, pudo comprobar la necesidad del estudio del terreno; pero no fué en las Provincias Vascongadas, sino lejos, más lejos, allende los mares. Porque poco después surgía la guerra separatista y el señor Burguete fué, primero á Cuba, y luego á Filipinas, y en la manigua cubana, y en la isla de Luzón, confirmó á costa de su sangre que la comprobación de la Historia sobre el terreno es para el militar labor esencialísima, como lo es para el historiador, porque sólo conociendo el terreno en que se desarrollaron los suce-

sos puede tenerse la verdadera explicación de los hechos y desvanecerse no pocas dudas. Prueba de esto, el mismo libro del Sr. Burguete.

Lo que éste no pudo realizar en su juventud lo ha llevado á cabo en la edad madura, aunque con más amplios propósitos.

Después de hacer un estudio detenido de nuestras crónicas, así de las crónicas latinas, tan desdeñadas, tan apasionadamente juzgadas por algunos, como de las crónicas árabes, que durante algún tiempo han sido consideradas por no pocos, y acaso siguen siéndolo, como una especie de evangelio histórico—y luego he de volver sobre este punto para indicar la injusticia que se comete—; después de hacer ese estudio señalando las diferencias y las contradicciones que entre unas y otras se advierten, el Sr. Burguete ha recorrido el terreno, y tratando de ajustar á éste los relatos de los hechos, ha sacado la consecuencia de que el encuentro entre el Monarca visigodo y el caudillo musulmán debió tener lugar, y tuvo lugar, seguramente, en las orillas de uno de los tres brazos del Guadalete, que es el camino más accesible, y por tanto el más militar, para penetrar en el enorme macizo montañoso conocido con el nombre de Serranía de Ronda, que forma un formidable baluarte constituído por la naturaleza; y de que la llamada batalla de Covadonga fué una serie de combates, pues bloqueado Pelayo durante largo tiempo en los Picos de Europa, cuando Alcama y Munuza lo atacaron en combinación, los moros fueron rechazados desde Bufarreta, pereciendo en gran número en el barranco de Covadonga, y sorprendidos por el desgaje, sin duda intencionado, del monte de Cabiedes, quedaron sepultados en Cosgaya en número considerable.

Fundamenta el autor estas conclusiones en los datos que le suministra el acoplar á los accidentes del terreno el relato de las crónicas, y en las consideraciones de índole político-militar que de esto se desprenden, datos y consideraciones que, siquiera sea en brevísima síntesis, es preciso consignar, aunque limitándonos por hoy al primero de esos dos problemas.

Desembarcado Tarik en Gibraltrar, si su objetivo era abrir la campaña en dirección recta á Córdoba, habría sido un desatino

el encaminarse hacia el Barbate y lago de la Janda, porque dejando á su derecha y á retaguardia en parte el macizo montañoso de la Serranía, se exponía á que lo ocupase Don Rodrigo, en cuyo caso se habría visto aquél precisado á retroceder y se hubiese encontrado bloqueado en el Peñón. Gibraltar sólo carece de valor, si la Serranía está ocupada y fortificada; pero si la Serranía está abandonada y desmantelada, Gibraltar tiene un valor incalculable.

Que Tarik, al encontrar abandonada la Serranía se apresuró á ocuparla, lo demuestra el camino que siguió luego Don Rodrigo. Si aquél hubiese situado su ejército en las orillas del lago de la Janda, los visigodos, al llegar á término de Medinasidonia, no hubieran tenido más que tomar el camino alto de todos los tiempos que conduce á Alcalá de los Gazules y á Algeciras, envolviendo y rebasando la línea de Tarik, el cual se hubiese visto obligado á retirarse precipitadamente y á encerrarse en Algeciras ó en Gibraltar. Pero como Tarik estaba en la Serranía, Don Rodrigo no tenía más remedio que atacarlo en ésta; y como para apoderarse de un macizo montañoso no hay otro recurso que el de asediarlo por sus más anchas entradas y atacarlo ascendiendo con diversas columnas combinadas para obligar al enemigo á extender el frente, debilitándolo, Don Rodrigo, viniendo de Córdoba, no podía aventurarse á forzar el paso por los desfiladeros que desde El Margen, por Teba y Cañete, conduce á las Mesas de Setenil; ni á atravesar los Gaitanes para embestir el frente oriental de la ciudadela de Ronda, y no le quedaba otro recurso que operar por el frente occidental en su parte norte, utilizando el amplio y accidentado portillo existente entre la prolongación del Peñón de Algamita por las sierras de las Veguas y de Algodonales, y la Sierra de Grazalema, en cuyo portillo nace, en tres brazos, el famoso Guadalete.

Y esto es, indudablemente, lo que hizo Don Rodrigo, atacando por ese portillo, que le permitía operar con tres columnas en combinación que se apoyasen y flaqueasen para atacar, envolver y romper á un tiempo por un flanco y por el centro la línea de defensa de Tarik, que se extendía, sin duda alguna, desde las

mesetas de Setenil al cerro de San Cristóbal, en Grazalema, es decir, la línea de fuentes del Guadalete; y debía estar ahí la línea de defensa, porque los musulmanes no podían esperar ser atacados por otra parte viniendo Don Rodrigo desde Córdoba. Así se explica también que Tarik pidiese urgentemente refuerzos á Muza, pues la defensa de las altas mesetas de la Serranía de Ronda exige una guarnición proporcionada á su magnitud.

Realizándose así por parte de Don Rodrigo la operación, que en el lenguaje de la ciencia militar moderna podría llamarse «ruptura operativa», se explica que diversas crónicas arábigas digan que la batalla duró de cuatro á ocho días, pues indudablemente al ascender los visigodos por las orillas de los tres brazos del Guadalete, se verían precisados á sostener durante varios días diversos combates, porque Tarik saldría á cerrarles el paso en las estrechuras para ceder lentamente con defensa obstinada en los recuestos de la montaña, hasta que se produjo la traición que ocasionó la derrota de Don Rodrigo. Pero la batalla no habría podido durar, no ya ocho días, como dicen algunos cronistas, ni siquiero cuatro, como afirman otros, si se hubiese librado en las inmediaciones de la laguna de la Janda, terreno ligeramente ondulado en el cual, sobre ser pequeño para el número de combatientes, las armas que entonces se usaban y la diferencia de fuerzas entre moros y cristianos, hacían imposible un combate de semejante duración.

Y no se diga, como he oído afirmar á persona muy competente, que el encuentro comenzó en la laguna de la Janda, y que Don Rodrigo se fué retirando hasta sufrir la derrota definitiva en las orillas del Guadalete; porque esto contradice un aserto en el cual convienen todos: que la batalla se iba desarrollando en sentido favorable á los visigodos, hasta que se produjo la traición de los witizianos. Para que Don Rodrigo se hubiese ido retirando desde la laguna de la Janda, pretendiendo buscar refugio en la Serranía por el portillo del Guadalete, era preciso que desde el primer momento la suerte de las armas le hubiese sido adversa, pues nadie se bate en retirada cuando va venciendo. Además, se olvida que en las inmediaciones de la laguna de la Janda todo

favorecía á Don Rodrigo, que no sólo tenía fuerzas mucho más numerosas que las de Tarik, sino que contaba con abundante caballería, de la que carecían los musulmanes, y que éstos no eran árabes, sino bereberes, más acostumbrados á la guerra de montañas que á luchar en campo abierto: otra razón para creer que Tarik, en cuanto desembarcó, debió apresurarse á ocupar la Serranía.

No se sabe de ciencia cierta en qué parte de la línea de batalla cumplieron los witizianos su compromiso de abandonar á Don Rodrigo y revolverse contra él, y no parece verosímil que se confiase á parientes cercanos de Witiza el mando de las columnas que formaban las alas derecha é izquierda del ejército real; pero el terreno dice que la columna que avanzaba por Zaframagón, que correspondía al brazo tercero del Guadalete, debió ser la que consumó la traición, pues siendo aquélla la destinada á envolver, se explicaría perfectamente que al trocarse en enemiga los visigodos fuesen rechazados en la hondonada que forma el río entre Puerto Serrano y Villamartín.

De este modo, acoplando á los accidentes del terreno la versión por unos y otros aceptada, procura el Sr. Burguete demostrar su tesis; y si, como dice Saavedra, donde falta el hecho positivo y comprobado, debe llenar el hueco la conjetura racional, dejando á un lado entusiasmos patrióticos, armonías sistemáticas ú opiniones admitidas por autoridad constante, si ha de ser desechado lo imposible ó contradictorio, pero buscando el sitio adecuado de donde lo haya arrancado la vulgar inadvertencia, claro es que, cuando menos, hay que otorgar a los asertos del Sr. Burguete una gran consideración.

Lógica y racionalmente pensando, con un criterio estrictamente geográfico-militar, hay que admitir que la batalla se dió en el tercer brazo del Guadalete, y no debió darse en ninguna otra parte; pero ¿tenemos la seguridad de que Tarik y Don Rodrigo se atuvieron á los dictados de la estrategia? No, esa seguridad no existe, y no existiendo puede sospecharse que Tarik, encontrando abandonada la Serranía, no la ocupó, y que teniendo fuerzas muy inferiores á las de su adversario, no vaciló en acep-

tar el combate en un terreno que le era desfavorable; como puede sospecharse también, que Don Rodrigo, pudiendo realizar un movimiento envolvente, que hubiese obligado á retirarse á los moros, prefirió atacar de frente. Porque toda esta serie de errores, cometidos por una y otra parte, es preciso admitir para creer que la batalla se dió en el lago de la Janda.

Y no se diga, para justificar esa supuesta ó efectiva conducta de Tarik, que éste contaba con la traición: un caudillo medianamente prudente no puede arriesgar su ejército por la esperanza de que una parte de los enemigos abandone sus banderas. En la Serranía, si la traición no se consumaba, habría podido irse retirando poco á poco hasta encerrarse en Gibraltar: en la Janda, sin la traición de Sisberto, estaba perdido.

Sin embargo, admitimos que esos errores pudieron cometerse, y por tanto no aceptamos de plano la explicación del Sr. Burguete. Nos parece muy verosímil, muy lógica, pero nada más de momento.

Ahora bien; esa hipótesis, esa reconstitución sobre el terreno del encuentro entre Tarik y Don Rodrigo, ¿contradice el relato de las crónicas, ó lo confirma?

El período histórico de la dominación musulmana en España es, como ha escrito el Sr. Ribera, uno de los que se han mantenido cubiertos por bruma más densa. Por esto pudo decir el sabio historiador holandés Dozy, que desde Wamba hasta Alfonso III corre una época extraordinariamente fecunda para el poeta y el novelista, pero que es una laguna en la historia de la Península.

No quiere decir esto, sin embargo, que carezcamos en absoluto de testimonios y de documentos referentes á esa época, pues tenemos, por un lado, el *Cronicón*, llamado antes de Isidoro Pacense, bautizado después por el P. Tailhan con el título de *Anónimo de Córdoba*, y denominado luego por el Sr. Saavedra *Anónimo latino*, crónica que el P. Flórez considera como continuación, no de Idacio, como se había dicho, sino de San Isidoro, y que comprende desde el imperio de Heraclio en Constantinopla hasta el año 754; el *Cronicón Albeldense*, escrito en el año

833 por un fraile religioso del Monasterio de ese nombre en la Rioja, y continuado por Vigila en 976; la Crónica de Alfonso III, el Magno, escrita también por ese mismo año de 833; y la Historia de *rebus Hispaniae* y la *Historia de los árabes*, del famoso arzobispo Don Rodrigo; esto, sin contar, por fabulosos, ni el *Cronicón* del Silense, ni el continuador de Juan de Biclara, ni el *Chronicon mundi*, de Don Lucas de Tuy, ni, por sumarísimo y confuso, el relato de San Pedro Pascual en su Tratado contra los mahometanos.

Por otro lado, tenemos la *Crónica* del moro Rasis, considerada por algunos como apócrifa, pero que Gayangos demostró era real y efectivamente traducción de una obra de Ar-Razi, que alcanza hasta el año 976, y cuyo original árabe se ha perdido; la *Crónica*, contemporánea de la anterior, de Abén Alcotía (el hijo de la Goda); la traducción hecha por D. Joaquín González de una crónica anónima sobre la conquista de España; y otras obras de carácter más general, como la de Abén Abdelhaquem, la atribuída á Aben Cotaiba, la de Aben Adarí, la de Almaccarí, etc, y por último la colección de traducciones de Ajbar Machmuâ, que Gayangos tituló *Anónimo de París*.

Con tener todo esto, tenemos, en realidad, bien poco.

Las crónicas cristianas son extremadamente concisas. Como resumen de ellas podemos estimar las obras del arzobispo Ximénez de Rada, el cual tuvo también presentes algunas de las árabes, y afirmó que el encuentro entre Tarik y el monarca visigodo se verificó en el Guadalete. Desde entonces todos los historiadores españoles han repetido este aserto, no puesto en duda hasta mediados del siglo XIX.

Fué Gayangos, en su traducción de Almaccarí, el primero que insinuó ciertas dudas acerca de la exactitud de esa afirmación; siguióle Dozy, al comentar la *Crónica* de Ajbar Machmuâ, y luego, ya en 1869, los Sres. Oliver, en su famoso folleto, afirmaron que la batalla no se había librado en las orillas del Guadalete, sino en las inmediaciones de la laguna de la Janda. El Sr. Saavedra recogió esta opinión y la robusteció en su estudio sobre la invasión de los árabes, y la inmensa autoridad del sabio historiador hizo

que fuese aquella generalmente aceptada. Hoy no hay obra de Historia que quiera aparecer como inspirada en las últimas conclusiones de la ciencia, que no eche por tierra la tradición y sostenga que la derrota y fin del Imperio visigótico tuvo lugar entre la laguna de la Janda y el río Barbate.

Confieso que al examinar todos estos antecedentes, me maravillan dos cosas: una, el crédito ilimitado que algunos historiadores otorgan á las crónicas árabes, con menosprecio de las crónicas latinas, y otra, la facilidad con que se han aceptado las conclusiones consignadas en el folleto de los Sres. Oliver.

Digo que me maravilla el crédito ilimitado que se otorga á las crónicas árabes, porque si á las latinas ó cristianas se las rechaza por ser, excepto la del Pacense, bastante posteriores á los sucesos que narran, eso mismo ocurre con aquéllas. No hay, al menos no han llegado hasta nosotros, relatos de la invasión y conquista redactados por musulmanes que fuesen testigos presenciales, ó siquiera contemporáneos de esos magnos sucesos; y aunque los historiadores árabes que conocemos citan á otros que debieron ser anteriores, no tenemos motivos para estimar muy autorizadas las referencias, ni eso puede bastarnos; al contrario, lo que parece cierto es que en los primeros tiempos de la invasión faltaban personas instruídas entre las gentes árabes aquí avecindadas, por lo cual no es verosímil que en esos primeros tiempos, cuando podían existir testigos presenciales ó contemporáneos de los sucesos, se escribiesen relatos de estos.

Las narraciones árabes de la conquista surgieron después, y en ellas hay que distinguir dos grupos: uno formado por aquellas narraciones forjadas aquí—y ahora diré cómo y por quién—, y otro constituído por las verdaderas crónicas arábigas, escritas en Oriente, ó por personas sometidas á la influencia oriental.

En cuanto á las primeras, hay que tener presente que algunos de los historiadores árabes primitivos de la Península confiesan—y persona de tan gran autoridad en estas materias como el Sr. Ribera lo recoge y lo consigna—que habían tenido que aprovechar, no sólo las obras y crónicas que trataban de la Historia antigua de España, sino que dicen taxativamente que trasladan

consejas populares, referidas por narradores aljamiados, las cuales evidentemente habían de estar en romance. Adviértase—el mismo Sr. Ribera lo ha dicho—que la lengua romance nacional era de uso común en toda la España musulmana, no sólo entre el vulgo, sino entre la nobleza y aun en los mismos palacios de los monarcas; y no se olvide que algunos de los narradores, en prosa ó en verso, que de todo hubo, de los sucesos ocurridos en los primeros tiempos de la conquista, especialmente los autores de la escuela histórica cordobesa, fueron españoles de raza, aunque islamizados, y estaban enlazados con familias godas. Algazal se cree era de raza española; Teman ben-Alcama, estaba casado con la hija de Romano, conde cristiano de Andalucía; el apellido de Ben-Pascual denota su origen hispano-latino; Ben-Alcotía era llamado el hijo de la Goda, por descender de Sara, nieta de Witiza; y algo análogo puede decirse de aquel Ben-Haiyan, llamado el príncipe de los historiadores españoles, nacido y educado en Córdoba; de Ben-Hazm, fecundísimo escritor, que produjo unas 400 obras, entre las cuales figuran tres trabajos históricos, de los que no nos queda más que los títulos, etc. Claro es que esto no puede extrañar, si se tiene en cuenta que fueron también frecuentes los enlaces de los caudillos y monarcas musulmanes con mujeres indígenas: ejemplo, el de Abdelaziz ben-Muza con Egilona, la viuda de Don Rodrigo, y el de Alháquem II con Aurora la Vascongada.

Pues bien; siendo esto así, forjadas esas crónicas con materiales recogidos en las mismas fuentes que utilizaron los autores de las crónicas cristianas, ¿con qué razón se prescinde sistemáticamente de estas últimas, para atenerse de un modo exclusivo á las primeras? ¿Por qué ha de considerarse exacto lo que ahora se traduce de las crónicas árabes, y ha de tenerse por fabuloso lo consignado por Ximénez de Rada y por Alfonso el Sabio, siendo así que, según testimonio de un ilustre arabista, hay tal concordancia entre lo que dijo el insigne Arzobispo y las narraciones de los árabes, que aquéllo semeja frecuentemente una mera traducción, y en la Crónica general del décimo Alfonso se advierte en multitud de giros y frases la influencia de la escuela cordobesa?

En cuanto al segundo grupo, el de las verdaderas crónicas árabes, hay que tener en cuenta que, según el Dr. Van Vloten—citado por el maestro de todos los actuales arabistas españoles, por el Sr. Codera—«los historiadores árabes tienen en tan poco á los pueblos sometidos, que por regla general nada dicen de ellos»; y que Simonet escribe, confirmando ese aserto, que «los historiadores árabes de pura raza, así en nuestra Península como en las regiones orientales, miraron á los cristianos indígenas con tanto desdén, que sólo en casos de necesidad se dignaron mencionarlos». De aquí que sus noticias respecto de la acción de los cristianos en el período de la invasión y conquista sean escasas, contradictorias, confusas y parciales. ¿Qué autoridad pueden tener esas crónicas, bordadas, al menos en esa parte, con los cien mil colores de la fantasía oriental sobre el deleznable cañamazo de meras referencias, salvo respecto de aquellos hechos, de aquellos asertos comprobados por realidades aquí contrastadas por otros medios?

Adviértase—y necesario es insistir en esto—que, como dijo Moreno Nieto, «en España, durante los primeros años de la conquista, no encontramos vestigio alguno de historia escrita», y que muchos de los textos que hoy invocamos son de fechas muy posteriores. Ben-Aljatib, político insigne, gran historiador, médico y poeta, con cuya muerte se apaga y extingue la ciencia en el Andalus, es del siglo XIV; de la misma época es Ben-Jaldún; Almaccarí es del siglo XVII, y Ajbar Machmuâ, al que hoy se concede tanta autoridad, pertenece al siglo XI.

No quiere decir esto que deba prescindirse de las crónicas árabes, utilísimas, absolutamente indispensables para el conocimiento de otros períodos y aun de ciertos aspectos de ese mismo. Lo que digo es que, tratándose de los primeros tiempos de la invasión y conquista, y concretamente del encuentro de Tarik y Don Rodrigo y de la derrota de éste, no puede fundarse exclusivamente en los relatos de los árabes una afirmación que contradice lo que siempre se había creído, y que no es posible acoplar á las realidades del terreno.

Por esto digo que me maravilla también la facilidad con que

se han aceptado las conclusiones de los Sres. D. José y D. Manuel Oliver, porque estos beneméritos historiadores se fundan exclusivamente en las crónicas árabes, y partiendo del aserto de Ben-el-Kotiya, de que «Tarik y Ruderig trabaron la batalla sobre las riberas del *Guadi-Becca*, en el distrito de Sidonia»; fijándose en que, según Ben-Adharí, «cuando llegó Ruderig al lugar donde Tarik estaba, salióle al encuentro y combatieron sobre el río *Guad-el-Leca*, en la *cora* de Sidonia»; afirmando que Ben-Adharí y Almaccarí escribieron *Guad-el-Leca*, en vez de *Guadi-Becca*, por error de copia, y concediendo gran importancia á lo dicho por Almaccarí y Ajbar Machmuâ sobre la existencia de un lago á cuyas merindades se dió la batalla, sostienen que existía una antigua población, ya desaparecida, llamada *Becca*, y que los árabes se referían, sin duda, á un río próximo á ella que tomaba su nombre, y que suponen ser el Barbate, y consignan, como conclusión, que allí se dió la batalla. Todo esto, como fácilmente se comprende, aun robustecido por el talento y la autoridad del Sr. Saavedra, no resiste una seria impugnación. Decir sin una prueba plena que dos historiadores distintos escribieron una palabra por otra, y hablar de una población que se supone existió y de la cual no hay la menor noticia, es un procedimiento muy cómodo, que parece imposible fuese empleado por historiadores de tan legítima fama. Además, si *Lecca* es, sesegún el Sr. Simonet, corrupción de *Lacca*, que en lengua ibérica significa *lago*, ¿no se explica perfectamente que Ben-Adharí y Almaccarí escribieran *Guad-el-Lecca*, río del lago, aludiendo bien al Barbate y á la laguna de la Janda, bien al lago Salado ó de Fuente Piedra, que está á la salida de la Serranía, inmediato al lugar en que se unen dos de los brazos del Guadalete?

No he de detenerme en los argumentos que emplea el Sr. Burguete para rebatir la tesis de los Sres. Oliver y Saavedra: me lo impiden el temor de alargar demasiado estas notas, el ser esa parte puramente accidental en su obra, y el no hallarme totalmente de acuerdo con algunas de las afirmaciones que estampa en su impugnación. Pero sí haré notar, porque estimo que esto es esencial, que los historiadores árabes no resuelven la dificultad.

Solo Almaccarí dice que el encuentro fué á orillas del Guadalete (pág. 178 de la edición de la Academia). Pero ¿es que los demás coinciden en afirmaciones que permitan sostener la opinión contraria, esto es, la de que la batalla se dió en las cercanías de la laguna de la Janda? De ninguna manera. Ebn Abdo-l-Haquen dice que los dos ejércitos se encontraron en un lugar llamado Sidonia, junto á un río que hoy se llama Umm Haquin; Isa-ben-Muhammad, citado por Ben-Adharí, afirma que fué en el Guad-el-Tin; Ben-Jaldón escribe que la batalla tuvo lugar en el campo de Jerez; Ben-Aljatid habla del río *Led*, del distrito de Jerez; y otros varios, entre ellos Ajbar Machmuâ, manifiestan que el encuentro se efectuó junto á un lago, pero sin añadir nada que permita saber si aluden al lago de la Janda, ó al Salado ó de Fuente Piedra.

Una indicación de Ajbar Machmuâ, la de que Tarik había permanecido en Algeciras y que después de la batalla marchó «á la angostura de Algeciras» y de aquí á la ciudad de Écija, parecía autorizar la creencia de que ese cronista, al hablar del lago, se refería al de la Janda; aunque aquella afirmación resultaba un poco extraña, porque no un poco, sino muy extraño era que el invasor hubiese permanecido á la defensiva, dejando á su enemigo escoger el campo de batalla. Pero el mismo Saavedra, al decir que en vez de la frase «desfiladero ó angostura de Algeciras» debe leerse «desfiladero de la cabra ó pieza de ganado menor», y al afirmar, partiendo de esa nueva interpretación, que Tarik, después de la victoria, pasó por la Boca de la Foz, entre las sierras de Alajar y las Cabras, el mismo Saavedra, digo, evidenció que no cabe conceder valor alguno á esa indicación, al menos mientras no se fije de un modo exacto y definitivo lo que realmente escribió Ajbar Machmuâ, porque la interpretación del ilustre académico tampoco es admisible. ¿Cómo creer que caudillos tan experimentados como Tarik y los que con él iban habían de meterse en el largo y profundo desfiladero de la Boca de la Foz, exponiéndose á que los visigodos tomasen el desquite de su anterior fracaso? No hay que olvidar que la derrota de Don Rodrigo, tuviese lugar en el lago de la Janda ó en el Guadalete,

no fué tan completa que no permitiese á los restos del ejército dar nuevamente cara al enemigo y sostener con él reñida contienda en los llanos de Sevilla, cerca de Écija, y aun antes, si es cierto lo que algunos dicen, en la dehesa de Morejón, pasado el primer ramal del alto Guadalete.

En resumen: porque me he extendido demasiado y no quiero prolongar la molestia que estoy causando á la Academia, las crónicas árabes no resuelven la dificultad por lo vario y contradictorio de sus asertos, y no resolviéndola, no coincidiendo en una afirmación que quepa oponer á lo consignado en los textos cristianos, aunque se las conceda más autoridad que á éstos—y ya he dicho que sería injusto hacerlo—, no puede basarse en ellas, á menos de entregarse, como los Sres. Oliver, á una serie de caprichosas interpretaciones, una tesis cual la mantenida por éstos últimos.

Pues si las crónicas árabes no resuelven la dificultad, y si el terreno, según demuestra el Sr. Burguete, indica, con su muda elocuencia, que la batalla debió darse en el Guadalete, lógico y natural sería restablecer la tradición que sin fundamento bastante se ha abandonado. Sin embargo, yo no voy tan lejos; no me atrevo á tanto, porque reconozco mi falta de autoridad, pero sí digo que no cabe seguir enseñando como verdad demostrada, pues en manera alguna lo está, lo que sostuvieron los ilustres historiadores citados; que cuando menos debemos confesar imparcialmente que el pleito no puede fallarse todavía, y que es preciso, recordando la sabia lección del Sr. Menéndez y Pelayo, de que antes hablé, que nos resignemos á seguir estudiando, á continuar persiguiendo la verdad para despejar esa incógnita. ¡Quién sabe! No hace un siglo todavía que se descubrieron las magníficas coronas de Guarrazar. ¿Por qué no hemos de creer posible que en las inmediaciones del lago Salado ó de Fuente Piedra se encuentren algún día objetos que nos demuestren que allí se dió la batalla?

En tanto, la obra del Sr. Burguete, que podrá tener defectos, que seguramente los tiene, como los tiene toda obra humana, pero que revela un propósito nobilísimo, que acusa una no vul-

gar erudición, que señala una tendencia conveniente y utilísima, porque la conveniencia y utilidad del estudio del terreno no lo puede negar nadie, esa obra que ha constituído el descanso de quien ha pasado su juventud y entrado en la edad madura sirviendo á su patria en Cuba, en Filipinas y en Marruecos con el heroico arrojo de que es irrecusable testimonio la cruz laureada que ostenta sobre su pecho, esa obra, repito, merece siquiera una palabra de elogio, un aplauso, que sirva de estímulo á su autor para que prosiga la importantísima labor histórica que ha emprendido, recorriendo el teatro de los más famosos episodios de nuestra vida nacional, y tratando de reconstituir y de comprobar sobre el terreno, que no es testigo mudo, sino muy elocuente para el que acierta á interpretar su lenguaje, las campañas, las batallas y los sitios que más han influído en el curso de nuestra historia.

JERÓNIMO BÈCKER.

VI

RODRIGO CARO

Estudio biográfico-crítico, por D. Santiago Montoto.

(Sevilla, 1915. Un folleto en 4.º de 79 páginas.)

Tal es el título de un opúsculo que el correspondiente de esta Corporación, Sr. Montoto, ha destinado á la edición de las *Obras de Rodrigo Caro*, hecha por la Academia Sevillana de Buenas Letras.

El autor, que tiene ya demostrada su competencia literaria en una traducción en verso castellano de la *Última hora de Torcuato Tasso*, de Giovani Prati; en un tomo de *Poesías* que dió á la estampa el año 1911, y en su Conferencia sobre *Andalucismos*, ha probado también singular acierto en el difícil género biográfico con estudios como los del bufón *Gasparillo* (Gaspar de Jaén), *Sor Francisca de Santa Teresa*, *Don Pedro Venegas de Saavedra* y *doña Feliciana Enríquez de Guzmán*.